

1944: DOS CAMINOS PARA LA LIRICA ESPAÑOLA

El año 1944 fue maduro de inicios y logros para la poesía española. Y aun siendo como fue un año de tanta lobreguez histórica—dentro y fuera de nosotros—no me parece erróneo afirmar que en él empezó la poesía española de la hora presente. La misma en cuyas secuelas—transformadas, animadas, deformadas, ampliadas—aún vivimos.

La España del exilio—vedada entonces para los que aquí vivían—sigue creciendo la voz de sus poetas, desasidos de un presente infortunado, pero unidos a la tradición de la lengua; y así 1944 es el año en que Luis Cernuda concluye *Como quien espera el alba* (publicado, por primera vez, en 1947, en Argentina), quizá el primer gran hito de su plena madurez poética. (Libro que contará luego entre los más apreciados del poeta, por su perfecta fusión de eticismo y lenguaje, en la hora de su revalorización española, obra de la llamada segunda generación de *posguerra*.)

Rafael Alberti publica en 1944 *Pleamar*, su segundo libro del destierro; y también en Buenos Aires, se editan ese año *Las ilusiones* de Juan Gil-Albert, un poeta perdido entonces para su patria, tras el inicio, cortado por la guerra, de una original carrera literaria. En México, León Felipe publica otro más de sus muchos libros, *Parábola y poesía*, y Jorge Guillén termina la tercera edición de *Cántico*—que saldrá a la luz al año siguiente.

Mientras, dentro de España, la generación de 1936—tan limitada por duras circunstancias históricas—va alcanzando su plenitud. Luis Felipe Vivanco prepara *Continuación de la vida*, y Luis Rosales *La casa encendida*. Leopoldo Panero publica en 1944 *La estancia vacía*, y Dionisio Ridruejo *En la soledad del tiempo*. Mientras, la *primera generación de posguerra* comienza a hacerse pública. Victoriano Cremer edita en 1944 *Tacto sonoro*, y Vicente Gaos, *Arcángel de mi noche* (que había sido premio Adonais el año anterior). Leopoldo de Luis publica su primer libro—*Sonetos de Ulises y de Calipso*—, en tanto que Eugenio de Nora, Carlos Bousoño y José María Valverde publicarían

su primer libro al año siguiente. Con lo que toda la generación se ha dado ya a conocer —con la excepción de José Hierro, el más tardío de todos, y cuyo primer libro, *Tierra sin nosotros*, no vería la luz hasta 1947.

Gerardo Diego publica en 1944 *La sorpresa*, a la par que se reedita su inaugural *Romancero de la novia*.

Pero los dos libros que fueron, por expresarlo de algún modo, el clamor literario del año, y los que marcaron pauta y rumbo para la poesía española, más y menos inmediata, fueron *Sombra del paraíso*, de Vicente Aleixandre, e *Hijos de la ira*, de Dámaso Alonso, que aquel mismo año publicaba también otro libro, *Oscura noticia*, si bien de tono e intención más disperso, menos unitario que el anterior.

Sombra del paraíso, pues, e *Hijos de la ira*, libros unidos por cierto trasfondo común, si bien, diametralmente distintos, son los que van a señalar el cambio, la inquietud, el rumbo o la sugerencia de una amplia parte de la siguiente poesía española. Son, más allá de lo que cada uno significa en la obra de su respectivo autor, como el comienzo de dos diferentes caminos. Dos caminos por los que ha rondado —y dudado— casi toda la poesía contemporánea: el himno y el coloquio, la protesta y el cántico, el deseado hechizo de la comunicación directa, o el otro hechizo (que es también comunicación) de la misma y esmerada palabra. De todo ello vamos a tratar ahora.

«SOMBRA DEL PARAISO»: EL EDEN Y EL HIMNO

Cuando en 1944 se publica *Sombra del paraíso* (1), Vicente Aleixandre, que ejerce en esos años ya su magisterio sobre las nuevas promociones poéticas, es el autor de unos libros clásicos, dentro de su generación y del superrealismo: *Espadas como labios*, y *La destrucción o el amor*. Tiene, además, y dentro de la misma directriz literaria, un libro casi inédito y desconocido, *Pasión de la tierra* —que editaría Adonais completo dos años después— y otro inédito, terminado al borde mismo de la guerra civil, y que tardaría aún años en editarse, *Mundo a solas*. Hasta ese punto (y contando con el prólogo que es *Ambito*, el primer libro, publicado en 1928), la cosmovisión aleixandrina se basa en un superrealismo, perfectamente adaptado a la intención personal del poeta, la pasión —que no es sólo pasión de idea, sino pasión de lenguaje— y la desesperanza. El mundo es una asechanza de oscuras fuerzas telúricas en las que naufraga el hombre. El amor, una felicidad aniquiladora. Y el hombre, en medio de todo

(1) Vicente Aleixandre: *Sombra del paraíso*. Edición, estudio preliminar y notas por Leopoldo de Luis. Editorial Castalia, Madrid, 1976. Cito siempre por esta edición crítica.

ese hermoso marasmo de destrucción, un ser trágico, oscuro, amenazado, sin importancia. Un título de *Mundo a solas* lo expresaba muy bien: *No existe el hombre*. Todo ello vertido en un lenguaje amplio, casi preciosista en su vocación estética, pero plenamente superrealista en la densidad y la técnica de sus imágenes. Quizá la más redonda expresión de todo este mundo se halle en *La destrucción o el amor* que es el libro clásico, según dijimos, de esta primera época de Aleixandre. Y con ello entramos ya en nuestro tema, pues si acabamos de afirmar que si bien al publicarse *Sombra del paraíso*, Vicente Aleixandre es ya el autor de una obra coherente, importantísima, y movida por un básico eje cosmovisionario; ahora, con el nuevo libro, algo cambia. Y cabría aquí la pregunta de si un poeta, en el inicio de su madurez vital (Aleixandre tenía alrededor de los cuarenta y dos años mientras escribía *Sombra del paraíso*) y con una obra ya configurada, puede cambiar sustancialmente su enfoque del mundo y del poema. Y a tal pregunta yo respondería que básicamente, no. Puesto que si su obra ha surgido alrededor de una cosmovisión coherente, y a ella se ha ido configurando el andamiaje estético del poema, y ya que el poeta no es otro ser distinto (aunque concurren en él, esto sí, circunstancias y matices diferentes), llegado a esa primera plenitud, es muy difícil—además de íntimamente arriesgado y casi contradictorio—esperar de él cambios rotundos en su visión del mundo, y consecuentemente en su estética. Lo que sí podrá cambiar, y aún será necesario que cambie si el poeta tiene verdadera entidad de tal, son los límites de su mundo—agréguese los que comportaría a su estética—y los enfoques parciales, modos o matices de expresarlo. Y, por supuesto, la dimensión de profundidad que queda siempre abierta a la sensibilidad del poeta, sin variar apenas su cosmovisión. De todo lo cual deducimos que a ese poeta de obra ya hecha y visión del mundo centrada lo que le queda, pasada su primera madurez—y puede ser la fase más importante de su obra—es profundizar o ampliar su mundo, variar los puntos de mira, agregar o deslindar matices, y, en consecuencia, cuidar el reflejo que todo eso producirá en la máquina verbal o metafórica de sus textos.

Y volvamos ahora a *Sombra del paraíso*. ¿Supone el libro publicado en 1944 un cambio respecto a la cosmovisión básica, levemente bosquejada ya, del mundo aleixandrino? Esencialmente, no. Y, sin embargo, podemos asentir a la afirmación, ya tradicional, de que con ese libro se abre una nueva etapa en el quehacer de Aleixandre. ¿Qué es, pues, lo que ha variado? Y la respuesta es muy sencilla: El punto de vista. El mundo del poeta era el oscuro triunfo de las fuerzas elementales o telúricas. La sombría visión esplendorosa de un mundo

hostil al hombre. Una mirada, por tanto, pesimista ante la realidad, oscura. Y, con todo, *Sombra del paraíso*, en una primera lectura, es un libro de luz. De gozosa intensidad de lo vivo. O, por mejor decir, *Sombra del paraíso* es un himno al recuerdo de la luz. A la luz que existió en un tiempo mítico perdido. Pero el poeta canta desde la tiniebla. Su mundo —básicamente— es el mismo, pero presiente que alguna vez conoció una vida de plenitud luminosa, y trata de recuperarla desde el texto. Es decir, que, situado en igual oscuridad, lo que el poeta hace es mirar de modo distinto, no cambiar de lugar, sino de mira. El propio Aleixandre lo habría afirmado ya en una nota de 1962: «*Sombra del paraíso*» es un canto a la luz, desde la conciencia de la oscuridad (2).

Siendo así, es evidente que con ese libro la poesía aleixandrina, esencialmente fiel a sí misma, entra en un nuevo período. Porque *Sombra del paraíso* es un himnario, un conjunto de himnos a la luz, al gozo elemental, a las doradas criaturas primigenias. Pero su materia no es la realidad, sino el mito. Se sitúa en el perdido tiempo de los orígenes, en el *Gran tiempo*, y por tanto su realidad no es directa, sino transformada, exaltada, esclarecida. Todo el libro hace referencia a un *illo tempore*, a un tiempo sagrado que hubo al comienzo, pleno de perfección y de felicidad, del que ahora sólo vemos derruidos vestigios. En aquel mundo perfecto —en el que aún no se había quebrado, según la cosmogonía de algunos primitivos, el gigantesco árbol que unía el cielo con la tierra, y por el cual transitaban jubilosos los seres— en aquel mundo, decía, ha vivido, en algún pretérito tiempo que desconoce, el poeta. Y guarda, como en la teoría platónica de las ideas, el recuerdo de aquel mundo, que es el verdadero, y de aquella luz —no esta sombra—, que es la luz auténtica.

El poeta es, pues (como el chamán de las tribus primigenias), un ser sagrado. Alguien —cuya magia el texto extenderá a todos los hombres— que ha tocado, aunque no sepa aquí dónde o cuándo, la zona sagrada. Y con esto, y aunque luego volvamos al tema, anticipamos ya uno de los rasgos romántico-simbolistas del libro. La idea del poeta como ser expulsado del paraíso. O sin el lado *maledito* de otros autores, como un ángel caído. *Angeles desterrados / de su celeste origen*, los llama en este libro Aleixandre.

Sombra del paraíso es, pues, un libro asentado en el mito. En el canto a una luminosa realidad perdida, a un edén en el que ya no estamos. Y aquí tocamos el mito básico del libro: El paraíso perdido.

Claro que el tema no está tratado bajo ningún prisma religioso —aunque, *ángel* o *sierpe*, aparezca alguna leve simbología de origen

(2) Cfr. Vicente Aleixandre: *Notas sobre «Sombra del paraíso» para unos estudiantes ingleses*, 1962. En *Obras Completas*, Aguilar, Madrid, 1968.